

Alcázar 6 jul. 61.

COLABORACIONES

PENSABA yo escribir tres artículos sobre la psicometría, que está tan en boga.

Una trilogía. Eso suena bien, y, además, el tema me inspiraba. Pero héte aquí que sólo he publicado uno y medio, y ya no voy a publicar más. ¿Por qué? Misterios del organismo, que nunca logré comprender. Puede pensar el lector, muy legítimamente, que la gente que escribe nunca es muy equilibrada y, que, en sus ventoleras, consttuye un buen objetivo para psicometristas y psiquiatras.

En consecuencia, hoy no voy a hablar de nada. La nada no es tan vacía ni falta de interés como a primera vista parece. Jean-Paul Sartre—filósofo muy reputado de la actualidad—ha escrito un libro de setecientas treinta páginas sobre "El Ser y la Nada". Por lo menos una mitad—trescientas sesenta y cinco páginas—se dedican a la nada, con observaciones tan sustanciosas que pocos han dado cima a su lectura. Esto me inclina a escribir yo, por lo menos, una trilogía sobre la nada. La nada, además, tiene muchas ventajas. Ante todo, a nadie molesta, y esto es muy importante para escribir sobre ella. Incluso tiene sus partidarios que, como se sabe, se llaman nihilistas.

Por otra parte, la nada, contra lo que se cree, tiene una vertiente de aplicaciones técnicas nada desdeñable. ¿Podría alguien imaginar el grado de felicidad—y aun de eficacia—que alcanzaría una humanidad que no pensara en nada? Nos basta con contemplar el alegre y bullicioso volar de las mocos en una tarde de verano. Ningún conflicto entre ellas, ni rastro de decaimiento ni psicosis en ninguna. Como tienen ojos y ven, y además no piensan en nada, jamás chocan en su incesante vuelo, que es un ejemplo de elegancia y armonía (Sabido es que, en cambio, la inmensa mayoría de esos accidentes de circulación entre los humanos, que diariamente deploramos, son debidos a ir pensando en algo).

LA NADA

Por Rafael GAMBRA

Por este mismo, en los países soviéticos, que pretenden situar al hombre en condiciones técnicas, se practica el lavado de cerebro, encaminado a que no piensen nada. Ello, con horror de aristotélicos y tomistas, que son decididos partidarios del ser frente a la nada, pero que también saben acomodarse a la nada cuando llega el caso, debido a sus innegables ventajas.

Según los existencialistas, el ser está sostenido por la nada, lo que quiere decir que es absurdo. Si nos reconocemos parte del ser, debemos estar agradecidos a la nada que nos sostiene, y facilitar su tarea. Es, además, bien patente que el progreso científico se cifra hoy en la conquista del espacio, del vacío, que se parece mucho a la nada. Cabe, pues, pensar, con mucho fundamento, que el porvenir está en la nadificación bien organizada. Un ministerio de Nadificación sería, en este caso, un pionero del mañana. Dicen los teólogos de Dios que, aunque podría, nunca aniquilará a la criatura, porque sería opuesto a su bondad infinita. Pero un ministerio humano no tiene por qué tener escrúpulos ni perfecciones divinas.

Los japoneses tienen también de esto experiencia por vía americana. Nadie duda allí de que en la Hiroshima de hoy hay muchos menos problemas que en la de hace veinte años, y ello se debe sólo a una acción nadificadora, oportuna y bien dirigida.

Sin embargo, parece que hasta aquí sólo se ha tratado de esfuerzos esporádicos y realizados por simples aficionados. Sus autores no tenían una mente verdaderamente nihilista, sino que se proponían algo, pensaban en algo. Para la auténtica nadificación es preciso no pensar en nada ni proponerse nada. Es decir, identificarse con la obra, rizar el rizo. Pero de esto sólo ha habido algún ensayo histórico, del que hablaremos otro día.